

Joana Bonet



## La mitad de la vida

Qué fácil parecía poder regresar a las ciudades que pisábamos por primera vez! Nos decíamos: “Volveré”, extrañándonos antes de tiempo, maquinando completar los itinerarios que nos habían quedado a medias. El tiempo era entonces una larga goma extensible, y se nos antojaba que cabían muchas vidas dentro de la nuestra, recién pintada, aún con olor a aguarrás. No queríamos perdernos nada. De aquel tiempo sólo recordamos lo bueno, pero también padecíamos, estremecidos por la soledad que implicaba tener mucho futuro por delante y poco pasado que nos apuntalara.

Ahora que ya no somos los más jóvenes en las reuniones añoramos el sudor de manos antes de intervenir, sospechando que los veteranos nos consideraban unos perfectos idiotas. Cuán equivocados estábamos, pero no lo supimos hasta mucho después, cuando conseguimos las contraseñas contra la inseguridad o el arrepentimiento.

Vida come vida, hay que seguir adelante con más fantasías que realidades. Por ello, los jóvenes llenan las horas de actividades mientras piensan quiénes van a ser o, mejor dicho, qué van a hacer. No les duelen los huesos, ni apenas tienen muertos, quieren acaparar la atención

### Ahora que ya no somos los más jóvenes en las reuniones añoramos el sudor de manos antes de intervenir

del mundo como sea. En mi caso, recuerdo que me compré en Nueva York una cazadora de cuero negro con el aplique cosido de un esqueleto blanco que refulgía en la oscuridad; hasta este extremo llegué, la mar de feliz dentro del avión.

En la mitad de la vida, ya sabemos lo que no podremos ser y debería dejar de importarnos. Los días se acortan, pero aun así es posible hallar un sentimiento confortable a pesar de que todo se repita, de que sea más difícil el sobresalto. Hemos remendado un hatillo con nuestra insatisfacción, que calmamos extendiendo nuevos deseos. En *En la mitad de la vida* (Libros del Asteroide), de Kieran Setiya –un curioso ensayo sobre la irreversibilidad del tiempo con toques de autoayuda–, se analiza la mirada hacia lo no conseguido, las aspiraciones malogradas. “La mezcla de nostalgia, arrepentimiento, claustrofobia, vacío y miedo” de la mediana edad, que Setiya, profesor de Filosofía en el MIT, trata de desentrañar. Asegura que: 1) en la madurez hay que saber disfrutar de no hacer nada; 2) no hay que medirlo todo en forma de proyecto o ingreso, y 3) hay que llenar la vacuidad cotidiana y librarse de planes utópicos. Él mismo se inclina por una orientación más atética de vida. Busqué el significado en la red y lo hallé en un diccionario informal de portugués: “Atético: dicese de verbos o nombres que expresan acciones que no tienen un explícito (andar, pensar, respirar, suspirar) o estados psicológicos o emocionales (gustar, sufrir, optimismo, desesperanza)”.

Hoy es *blue monday*, el día más triste del año según una medición de parámetros sociales –como la motivación o la necesidad de encontrar nuevas metas–, meteorológicos y económicos. En caso de que sea cierto y les invada ese *spleen* que dicen que se derramará por todo el mundo, les deseo un feliz y atético suspirar. Al menos hasta el martes.●